



CIENTÍFICO-LITERARIA
 AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,

D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,

D. Enrique Segura.	D. José Fola Igualde.
D. Cayetano Iluguet.	D. Fernando Sasset.
D. Bernardino Montiel.	D. Carlos Linás.
D. Enrique Bezales.	

—AÑO V.— Castellón 22 Noviembre de 1885. —NÚM. 43.—

SUMARIO. A nuestros queridos colegas de la capital. SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: La capa, (artículo de invierno) por «V. Blasco Ibañez.»—La poesía de la ciencia, por «Manuel Escudé Partoli.»—La metamorfosis de los perros en París.—Eloisa, (conclusion) por «Manuel García Alvarez.»—Cubiertas y anuncios.

**A NUESTROS QUERIDOS COLEGAS
 DE LA CAPITAL**

Los periódicos de Granada han acordado las siguientes bases para su conducta:

«Primera. Nunca se atacará directa ni indirectamente en las polémicas que se susciten la personalidad del escritor.

«Segunda. En las discusiones de periódico á periódico se cuidará no hacer uso de frases injuriosas ó desatentas, empleando siempre las que exigen los principios de urbanidad y cortesía.

«Tercera. Ningun periódico publicará artículos de colaboración ó comunicados en que se ofenda ó ridiculice directa ni indirectamente la personalidad de otro periódico ó de cualquiera periodista.

«Cuarta. Si algun periodista fuese atropellado ó cohibido en el libre ejercicio de sus funciones por parte de la autoridad ó sus dependientes, ó un periódico fuese desairado en las prerrogativas y derechos que la prensa disfruta, los demás periódicos

deben protestar en el primer caso del atropello y coaccion, y hacer comun en el segundo el desaire á su compañero inferido.

«Quinta. Cuando un periódico creyese que por otro que acepta las bases se han infringido las cláusulas anteriores, convocará á sus compañeros, dándoles cuenta del agravio. Inmediatamente cada periódico, excepto el que se supone ofensor, nombrará un representante, constituyéndose en tribunal los que resulten favorecidos, y eligiendo á la suerte la presidencia.

El tribunal debe decidir la querrela en una sola sesión, levantándose acta en que se consignen los fundamentos del fallo.

Si resulta probada la ofensa, se invitará al periódico ofensor á satisfacer al ofendido en la medida del agravio, y si no accediere, los demás se obligan á cortar con él toda clase de relaciones.

«Sexta. Si un periódico extra-provincial injuriase á otro de la «Union granadina,» los que constituyen ésta protestarán de la injuria en la forma que previenen las cláusulas anteriores.»

Seria de desear que en todas partes se estableciera un pacto semejante al de la «Union granadina.» y nosotros nos atrevemos á proponerlo á nuestros queridos colegas de la capital.

Seccion Científico-Literaria

LA CAPA

(ARTÍCULO DE INVIERNO)

DE todas las prendas de vestir conocidas, tanto en las pasadas edades como en la presente, la capa es sin duda alguna la que más años cuenta de antigüedad.

Hay quien asegura que la primer pieza con que nuestros padres cubrían sus desnudas carnes al ser despedidos del Paraíso, sería sin duda, alguna capa, ya que no de paño segoviano, fabricada con hojas de los árboles.

Pero la primera vez que de una manera cierta aparece en la historia la prenda de que nos ocupamos, es en tiempos de Noé, ó sea en aquel pasaje que el inventor del vino fué cubierto por uno de sus hijos con una capa, mientras que experimentaba los efectos de su glorioso descubrimiento.

Desmentir las ventajas que el objeto de este artículo reporta á los que le usan, sería lo mismo que negar la aparicion de sabañones en las orejas cuando el frío *va apretando*.

Mediante á la capa puede un hombre pasar por persona decente aun cuando tenga los pantalones rotos y enseñe por todas partes los *límites* de su camisa.

En las capas hay tambien sus categorías de la misma manera que las hay en los besos, al decir de Bettina *la Mascota*.

Unas envuelven durante algun tiempo la respetable personalidad de algun empingorotado personaje.

Otras solamente cubren el cuerpo de tronados estudiantillos y empleados de exigua nómina.

Pero todas en general vienen á tener un fin bastante parecido.

Despues de pasar algunas temporaditas en las perchas de una casa de préstamos (esto no siempre) vienen á acabar su gloriosa carrera en los hombros de algun trapero, si es que no son rasgadas para pasar á la categoría de trapos de cocina ó de lavar pisos.

Y apesar de esta degradacion, las capas han hecho su papel en la historia.

Como prueba de esto podemos citar á Hugo Capeto y el motin de Esquilache.

Además han habido capas tan célebres como la de San Martin, la de Diógenes y la de D. Ramon de la Cruz.

Todo esto sin olvidar esas tan nombradas en el lenguaje vulgar, como son la *capa de hombre de bien* y la *capa de santidad*.

Pero no creo que existan mayores tormentos en el mundo que los que se experimentan al usar la primera capa.

Cuando por primera vez se coloca uno sobre su cuerpo aquella gran cantidad de paño que afecta cierta forma, se siente cortado y no se atreve á mover los brazos por temor de hacer una mala figura ó que la capa se le venga al suelo.

Si sopla ese vientecillo propio del invierno, comienzan para el infeliz debutante una série de trabajos que no tienen punto de comparacion con los de Persiles y Segismundo.

La esclavina se le sube á la cabeza, y cuando despues de esfuerzos sobrehumanos logra volverla á su primitiva posicion, arrecia un poco el viento y mientras una nube de polvo le ciega, la capa formando un embudo arremolinase sobre la parte superior de su cuerpo.

Entonces el desdichado no sabe cómo despojarse de aquella nube de paño que le envuelve, y sus esfuerzos son tan desesperados, que escitan la risa de los transeuntes, y solo sale de tan grave apuro gracias á alguna buena alma que le auxilia.

Pero el problema de solucion más difícil es el embozarse, para el que es nuevo en el uso de la capa.

Despues que intenta mil veces cumplir su deseo, se resigna por fin, presa de la mayor desesperacion, á ir con la capa caída aunque haga un frío de mil diablos.

Por supuesto, que en aquellos instantes el interesado es capaz de dar de puntapiés á los que cantan las excelencias de la capa, y la celebran como prenda nacional, y considera como digno de ser obispo y

como el mejor hombre del mundo, al autor de aquel refran *la capa no siempre tapa*.

W. Blasco Ibañez.

LA POESÍA DE LA CIENCIA

La preferencia que dá siempre la mujer á la imaginación sobre el estudio de la ciencia, es la causa de su atraso intelectual. La ciencia es poco cultivada entre nosotros, y ménos por el bello sexo, porque se juzgan las maravillas de la naturaleza, superficialmente por apariencias frívolas, se respira el ambiente perfumado por el aroma de las flores, se goza del calor y de la luz del sol, se disfruta de los beneficios que reporta el reino vegetal, se contempla el soberbio espectáculo de las noches estrelladas, sin que esto apenas nos impresione, sin que intentemos inquirir la causa de tantos portentos. Y esto es debido á la falsa idea tenida de la ciencia, que creemos equivocadamente áspera; y esa falsa cultura, entrega las mejores imaginaciones á sus propias fuerzas, crea ficciones más ó ménos estéticas, fantásticas y quiméricas muchas veces, sin inspirarse en la realidad de los fenómenos.

Los grandes pensadores que se han identificado en el espíritu moderno, han puesto sus inteligencias al servicio de la ciencia; en este caso se encuentran: Humboldt, Flammarion, Michelet y Echegaray. «Me avergüenza, decía Michelet á sus amigos, haber desconocido hasta el último período de mi vida, la riqueza que atesora el estudio de las ciencias, pues la naturaleza es el manantial más rico de todo goce y de todo amor. Cultivar las ciencias es dar vida á la poesía. La naturaleza, como ha dicho muy bien Humboldt, es la única fuente de inspiración y de belleza.»

Al temor de sacrificar el libre goce de la naturaleza bajo la influencia del razonamiento científico, se añade comunmente el que no es dable á todas las inteligencias el conocer el conjunto de las maravillas de los fenómenos naturales. Cierzo es que en medio de esta fluctuación universal de fuerzas y de vida, en esta red intrincada de organismos que se desarrollan y destruyen sucesivamente, cada paso que se dá hácia el conocimiento más íntimo de la

naturaleza, conduce á la entrada de nuevos laberintos; pero esa intención vaga de tantos misterios por descubrir, aviva y estimula en nosotros el ejercicio de la razón.

La ciencia moderna y los nuevos instrumentos científicos han ensanchado desmesuradamente los horizontes de la poesía. Lo mismo el telescopio que nos permite pasear nuestra investigadora mirada por las celestes regiones, acercándonos extraordinariamente á los lejanos mundos, revelándonos otros nuevos, cuya luz tarda millares de siglos en llegar á nosotros, que el microscopio el cual ha descubierto á nuestra vista un sin número de seres contenidos en la ínfima gota de agua, han prestado á la vida, fuerza y variedad no sospechadas en otros días y por otras generaciones.

El príncipe de la elocuencia, el más poeta de nuestros oradores, el insigne Castelar, gloria de la tribuna española, lo ha dicho: «Los adelantos científicos, lejos de dañar el aspecto poético de nuestro cielo, lo han desmesuradamente engrandecido y abrigado. Así como la concepción alejandrina del sistema planetario, dominante hasta los últimos tiempos, vence á la concepción asiática que imaginaba la Tierra sostenida por el lomo de un elefante mantenido á su vez sobre la concha de una tortuga, supera á todas las creencias cósmicas, nuestra creencia que considera al mundo llamado terrestre como un astro, parte de esta inmensa nebulosa Vía-lactea; esteroide lanzado á los espacios de lo infinito por la atracción, arrastrado eternamente hácia el sol, sujeto á sus dos movimientos diurno y anual que le obligan á describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en la cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arreboles de iris; como para formar con la combinación de todos estos presentes celestes, á modo de corona boreal, una guirnalda de encantadora poesía.»

La ciencia moderna tiende hácia la unidad de las fuerzas físicas, y de esa misma unidad en su variedad de manifestaciones nace su belleza. Una ley fatal rige todo lo creado, desde los movimientos siderales de los astros, hasta las vibraciones ínfimas del átomo imperceptible. Toda,

absolutamente toda la série de fenómenos que la humana inteligencia puede observar, están armonizados por fuerzas recíprocas que los producen. La fuerza de la gravitación universal sostiene las armonías del cosmos; las fuerzas moleculares constituyen la armonía de los átomos de un mismo cuerpo, haciéndole aparecer á nuestra vista, ya como sólido ó líquido, ya como gaseoso.

Hay una lucha incesante entre fuerzas diferentes, simbolizadas por la atracción y repulsión, la simpatía ó antipatía, el amor y el ódio que gobiernan todos los fenómenos del Universo, así los que se refieren á los cuerpos que nos rodean, como los que son de nuestra propia personalidad.

Ellas hacen reverdecer cada año las hojas de los árboles, ellas convierten en fruto delicioso la hermosa flor que engalanaba el almendro. ¡Todo se atrae y se busca, se destruye y se recompone al mismo tiempo, en las mismas épocas y de la misma manera! ¿Cómo se verifica este gran misterio? Lo ignoramos; solo sabemos es hijo de la atracción, fuerza que mantiene unidas las moléculas de los cuerpos, obrando sobre ellas y modificándolas incesantemente. La yerba, por una série de trasformaciones producidas por diversas afinidades, vá á convertirse en leche en ciertos órganos de los animales mamíferos, esta leche sirve de alimento á sus hijos, formando los tejidos de sus carnes, y por una série no interrumpida de fenómenos análogos se reproducen y conservan todos los seres de la naturaleza, las flores, los frutos, el aire y el agua.

Todos habreis observado el cielo algunas noches, cuando las brillantes estrellas derraman por el espacio su melancólica lluvia de luz que tachonan el pabellon que se cierne sobre nosotros; esa bóveda azul de día, y túnica bordada de oro y negro velo cuando el sol nos niega su luz cubierta de ornamentos resplandecientes, vívidos diamantes del espacio.

La imaginación en atrevido vuelo, atraviesa con vertiginosa carrera los infinitos espacios abismándose en la grandiosidad de aquel espectáculo, incitándole al estudio, elevándose con alas de céfiro, presa el alma de un éxtasis divino por las alturas celestes, para sentir el secreto de tanta belleza, siempre magestuosa, y escudriñar el secreto de tanta verdad.

Dirigid el telescopio á los cielos, y des-

cubrireis su poesía; allí vereis soles de varios colores, mundos iluminados á la vez por dos soles, uno carmesí y otro verde, ó bien el uno amarillo y el otro azul. Consideremos los infinitos matices, variados y desconocidos dioramas y sorprendentes medias tintas, que se reflejarán sobre esos mundos recogidos á la par por dos soles, el uno de rubí y el otro de esmeralda. Imagínese cuantos contrastes de luz y colores: ya suponiendo un sol en el horizonte y otro en el zenit, ya cada cual alumbrando un hemisferio; ya eclipsándose uno de los dos, ya marchando paralelos, ó en sentido inverso, pues todo ello es factible.

En los intrincados laberintos de los estudios astronómicos se descubren inagotables tesoros de poesía. Mirad sinó, estos resplandecientes soles de grana, amarillo de oro, azul de plata, verde de esmeralda, blanco argentinos y de cabellera rubia como las vírgenes de Murillo, esparcidos por los espacios etéreos irradiando luz, cuyas vibraciones esparcen sublimes esferas luminosas, que llevan la armonía por los vecinos mundos, despidiendo lumínico y calórico, vida y poesía por los insondables espacios del infinito cielo.

¿Cómo se trasmite esta vida universal? ¿Cuál es su origen? Flotan en la atmósfera dos angélicos seres, íntimamente ligados por misteriosa afinidad, abrazados cual tiernos amantes, el oxígeno y el carbono, que constituyen el ácido carbónico. Las vibraciones de las ondas luminosas vinieron á alterar su felicidad, fueron la tea de la discordia que logró romper sus estrechos lazos, y separar los amantes. El carbono forma el cuerpo de los vegetales, se encierra en sus celdillas y les dá vida; el desesperado amante, el oxígeno, busca otro sér en que unirse, y por no ser menos que su infiel compañera, con sus celos anima á otro sér más notable, el animal, cuya vida se desarrolla, merced al néctar delicioso que alimenta sus pulmones; así crecen y se reproducen todos los seres del universo.

Al encontrarse de nuevo los dos reñidos amantes, oxígeno y carbono, como si sintieran en su seno todo el amor que pudieron gastar mientras estuvieron separados, con tal ansia se precipitan, con tanta fuerza se abrazan, que irradian en su felicidad arreboles de luz, sublimes ondas, cuya fuerza viva es la misma que consumió la

luz del sol en descomponer el ácido carbónico, cuya union es el calor y la luz.

¿Veis la claridad que esparce el mechero de gas? Pues es la misma que durante el día iluminó hace miles, tal vez millones de años á nuestros antepasados. Brillaba el sol como hoy brilla, y los abundantes rayos que regalaba á la tierra, allá en aquellos remotos tiempos anteriores al diluvio, dieron la vida á una vegetacion frondosa, cuyos troncos, encerrados por una revolucion geológica en el interior de la tierra, han producido las ricas minas de carbon que explota el minero, y cuya esencia por destilacion ha dado el gas que nos alumbrá.

Ya veis, pues, como la misma luz que iluminó á nuestros primeros padres, acumulada durante siglos y siglos en los vegetales antidiluvianos, es la misma que la que agita en estos momentos nuestras pupilas.

Veis, amables lectores, crecer y desarrollarse la verde yerba, levantarse esbelta dirigiéndose al cielo, teñirse de oro poco á poco merced al dorado baño de los rayos solares, dar ricas espigas de trigo, que el labrador recoje, que el panadero amasa y el hombre come, para dar nuevo alimento á su cuerpo, actividad á su organismo y nueva vida á su personalidad. ¿Qué exuberancia de vida! ¿qué riqueza en la vegetacion! ¿qué prodigiosa actividad se nota en la zona tórrida, donde el sol puede prodigar sus caricias; y qué tristes, qué pobres son aquellos otros condenados á largas tinieblas, cubiertos casi siempre del blanco sudario de la nieve!

¿Veis al pintor robar la luz del sol y trasladarla á sus lienzos, al escultor dar forma y vida al mármol, al músico agitar con articulados sonidos el aire, escribiendo en sus fugaces palpitaciones las ideas, al poeta deslizar su pluma sobre unas cuartillas, retratando las impresiones de su espíritu? Pues todos esos movimientos, eran antes vago bullir de unas cuantas moléculas del refulgente astro, cuyas vibraciones se comunicaron al éter, bajaron en forma de luz, dieron fuerza muscular al hombre, inspiracion al artista, y avivaron el fósforo de la cabeza del poeta.

MANUEL ESCUDÉ BARTOLÍ.

LA METAMORFOSIS DE LOS PERROS EN PARIS

El viajero que llega á París, y se acerca á los bordes del Sena, tal vez haya fijado su mirada sobre dos individuos vestidos con blusa, una gorra en la cabeza, fumando su pipa y mirando correr el agua del célebre rio que atraviesa por el centro de la capital de Francia, con el aire más indiferente del mundo.

El forastero cree ver en esos hombres dos vagamundos, dos tramposos que viven Dios sabe cómo, y se le ocurre pensar que más les valiera dedicarse á su trabajo. Pues ellos están trabajando. Son *pescadores de perros muertos*.

Con el número incalculable de perros que circulan por París, inscritos ó no inscritos para pago del impuesto, que no son pocos, la mortalidad naturalmente es grande, y si bien no hay un registro semanal de ella, como para la raza humana, puede formarse una idea al saber que en un espacio de seis meses los empleados de la navegacion del Sena pescan en dicho tiempo más de cuatro mil cadáveres de perros. Calculándose que se entierren otros tantos, deben morir en París de quince á diez y seis mil perros por año.

Cada perro muerto, al que su amo no dá ningun valor, por lo cual lo arroja comunmente al río por evitar su enterramiento, difícil para los que viven en los centros, representa, sin embargo, una pequeña cantidad. La piel cuando no está deteriorada por una enfermedad ó por haber permanecido mucho tiempo en el agua, se vende á unos treinta céntimos.

La grasa que de él se extrae vale á cuarenta céntimos el kilo, y los huesos y restos de la carne se emplean para hacer estiércol. En resumen: un perro muerto de talla regular, ó sea uno con otro, producen un franco.

¿Pero, dónde se vende esa mercancía repugnante? preguntará el lector.

Pues en una célebre fábrica *Sufrice*, que se planteó por el padre del actual poseedor, en la parte más baja del Sena, y donde, con diferentes aparatos en forma de balsas flotantes, se logra detener una inmensa riqueza perdida, que diariamente marcharía hácia la mar.

Cincuenta años hace que los Sufrice padre é hijo se ocupan de utilizar las materias perdidas.

Comenzaron por extraer la grasa del

fango negro de los pozos inmundos cerrados. Despues explotaron los desperdicios de los mataderos y los animales muertos de toda especie.

Todo metido y envuelto en inmensas cubas de madera donde se produce el vapor del agua y del ácido sulfúrico.

Un hombre, armado con un tridente, remueve sin cesar el contenido, rechazando con él los cadáveres que en la ebullicion pugnan por colocarse en la superficie.

Es absolutamente en grande la imagen de la famosa caldera de Pedro Botero, que los pintores han dibujado en el Tártaro para conocer los condenados; con sus brazos desnudos, los pelos crespos y enmarañados, su figura tostada y negra en la que corren gotas de sudor, el hombre del tridente representa con perfeccion la imagen del demonio.

La grasa que de esas cubas se saca, se coloca en recipientes metálicos, y sirve para la industria.

La mayor parte de las preciosas bujías parisienses son elaboradas con esa grasa estearinizada.

En cuanto á los restos de carne y de huesos, son transformados en abonos animales. Para ello se colocan en montones al aire, en pila ó monton y en contacto con aguas aciduladas: la descomposicion se hace rápidamente y muy pronto se convierte en una especie de tierra grasienta.

Esta tierra es conservada algun tiempo hasta su desecacion, de manera que quede completamente inodora, y entonces se enfarda en sacos ó mete en cajones para venderla á la agricultura, estimándose tanto ó más que todos los guanos conocidos.

Pero para que pueda comprenderse la importancia de esas balsas flotantes colocadas de distancia en distancia á lo largo del Sena, baste decir que ellas detienen á su paso á los cadáveres de animales que su corriente arrastra, y que nada más que en la estacion de la pesca los obreros de la casa Sufrice han recolectado en las carnes putrefactas, y vendido á mercaderes especiales, la cantidad de 25.000 francos de asticots (gusanos blancos), que son la alegría de los pescadores.

No recogen solamente las referidas balsas flotantes los animales muertos, sino tambien los desperdicios de todas clases y hasta el negro fango que en los alrededores de Asnieres se ofrece repugnante á la vista del transeunte. Esa espuma es tratada por

el ácido sulfúrico que rinde toda la grasa que ella contiene, y en cuanto á los desperdicios vegetales, al salir de la prensa son desecados, y sirven como combustible para alimentar los hornillos.

Los corchos se recogen tambien y los venden á franco el millar; hay labradores y retalladores de corchos que los compran, y que vuelven á venderlos muy flamantes á cinco francos cada mil, y ¡oh ingenio de la industrial hasta las raspaduras de los corchos son reducidas á polvo impalpable y empleadas en la confeccion de tapices estampados, como lo enseña M. Louis Paulian en su libro *La hotte du Chiffonnier (La banasta del traperero.)*

En resumen: la industria planteada por Sufrice padre para utilizar los perros muertos, es la que hoy suministra la bujía que nos alumbra, la grasa que suaviza las máquinas de vapor para su fácil movimiento ó rotacion, los abonos que fertilizan los campos; y por consiguiente, la succulenta chuleta, y aun la flor encantadora que embalsama los aires y alegra nuestra vista. Es una verdadera metempsicosis.

Es, en fin, una colosal industria, más importante de lo que parece, la transformacion de los perros muertos de la casa Sufrice, que ha adquirido celebridad tal, que hasta los novelistas colocan en ella escenas de sus concepciones.

(«La Voz de Guipúzcoa.»)

ELOISA

Conclusion. (t)

Para burlar la vigilancia de mi madre, busqué un fútil pretexto, y resolví asistir á la entrevista, y al punto donde habia de tener lugar aquélla dirigí mis pasos. Las vacilaciones, la zozobra, el miedo, el deber, eran como espectros que dificultaban mi marcha, y que cual erizadas olas batian sin cesar las orillas de mi espíritu, ofuscando mi razon; así que cualquiera que me hubiera visto correr por las calles, desalada, violenta y temblorosa, como si obedeciese á los efectos de un pasmo; pálida como un cadáver, y desencajadas mis facciones, me hubiera tomado por una loca. ¿Y qué extraño era esto, si la rapidez de mis emociones se seguian con la

(t) Véase el número anterior.

precipitacion con que se siguen las turbulentas ondas de un mar borrascoso?

Sin embargo, llegué á donde me esperaba Rogelio: transcurrieron algunos momentos sin que él ni yo nos dirigiéramos la palabra; silencio que tenia no se qué de imponente y fatídico para mí, razon por la que ya me retiraba, cuando sentí balbucear.—¿Te vas, Eloisa, no tienes compasion de los sufrimientos de tu esclavo?

¿Qué quieres que haga? le contesté, como sellaste tu lábio con mi presencia, creí que quizá hubieses variado de parecer, y que la visita te fuera molesta é inoportuna.

¿Qué dices, Eloisa? ¿Es posible que á la ingratitude agregues el escarnio? Ves lo que sufro, el nudo que ata mi garganta, y que me priva casi de articular una frase, y no obstante con esa indiferencia ¿te atreves á insultar mi cruento martirio? Pero ya que me hiciste romper el silencio, escúchame con atencion y graba con señales indelebiles lo que te voy á decir.

Tú no ignoras, por qué série de circunstancias, te ví, me viste, y nuestras almas se comprendieron; al comprenderse se amaron, y desde entonces, suspiraron una por la otra; en una aspiracion confundidas y hermanadas, vivieron por largo tiempo, siendo tu deseo un mandato, y órdenes tu voluntad. Tu menor capricho, de seguida se veia satisfecho, porque yo gozaba, con el solo pensar que tú gozaras. Como tampoco ignoras, las promesas que ambas partes no faltaron. Tú me aseguraste ser mia, y antes que de otro, el claustró ó la muerte. Ahora dime, Eloisa, ¿es de esa manera como se cumplen los ofrecimientos hechos, y los juramentos pronunciados ante la memoria de tu padre?

El reo á quien le notifican la sentencia de muerte no padece lo que yo en aquellos críticos instantes, porque sus palabras caian sobre mi conciencia como calcinadas gotas de hierro derretido, y ¡oh desventura! al recriminarle por la misma que él me acusaba, descubrí la perfidia de las amigas. Ellas que habian agüado la miel de mis ensueños engañándome con supuestos amores de Rogelio, ellas tambien habian emponzoñado primero que á mí, la dicha de aquél, asegurándole era un pasatiempo el papel que estaba representando con él, mientras dispensaba un verdadero amor á Ricardo; y tal astucia desplegaron,

y sembraron la semilla de la discordia entre nosotros con una sagacidad y habilidad tan estudiada, que sin la cita que nos dimos, él y yo hubiéramos dejado de existir, censurándonos nuestro reprochable proceder. Pero ¡ah! Dios que vela por la inocencia, quiso esclarecer los hechos, dejando á la verdad en su punto.

Con este motivo pude conocer la maldad de aquellas mujeres en toda su desnudez, sabiendo con no pequeño asombro, cómo Rogelio la primer vez que no pudo salir á paseo conmigo por ocupaciones imperiosas é imprevistas me escribió una misiva por Concha, apuntándome la causa de su ausencia en aquella tarde, y preguntándome si era cierto lo que Juana le habia contado referente á unos amores que yo ocultaba; carta, á que no contesté, porque no llegó á mi poder: esto vino á crear en el otro la conviccion de sus sospechas, que agregado á lo que Concha, por otra parte me referia de él y Juana, alargaba más y más nuestra separacion, poniendo entre los dos insuperable valla.

Si ustedes hubieran visto la vehemencia con que se explicaba, las razones que alegaba para disculpar la conducta que habia observado conmigo, y el interés por persuadirme de su inocencia.... ¡Ah! aquel hombre estaba loco, se detenia en sus desahogos, y luego evocando las fábulas que le habian contado Juana y Concha, se decia hablando consigo mismo. ¡Cál!... no puede ser cierto.... eso es increíble. ¿Eloisa, esa cándida criatura... engañarme? No, no es verdad.—Mas la duda continuaba él, me atenazaba, y, sin embargo, te buscaba ansioso con mi imaginacion por todas partes.... y tu imagen forjada por mi exaltada fantasía, se me presentaba en mis excursiones por la playa y por las rocas, retiro que escogia como más á propósito para consagrarme en un todo á tí. Por la noche vagaba por tu calle, ávido, sino de regocijarme en tu nacarada y virginal faz, al ménos de oír tu voz; y ora velando, ya durmiendo, si mis lábios se entreabrian, era solo para llamarte; y en tanto tú, idolatrada Eloisa, ¿verdad que no pensabas mal de mí? ¿Verdad que lo pasado fué un sueño, y que ahora comenzará la realidad? ¿Verdad que tu lábio nunca fué perjuro, y que no juraste más sí que el mio?

Tenia tal hechizo su lenguaje, y el eco de su voz era de efecto tan maravilloso,

que muda y extasiada, ni di contestacion á sus preguntas, ni me vindiqué de las acusaciones que me lanzaba.

Al despertar de aquel ensimismamiento, y encontrarme sola, el miedo inventó mil y mil fantasmas, se me crizaron los cabellos, di un grito, y caí al suelo sin sentido.

Cuando recordé, me hallaba en cama, y mi desconsolada madre á mi lado, prodigándome los remedios que la ciencia ordenó se me aplicasen.

Pasaron dos dias sin que me diese cuenta de lo que habia sucedido: ya al tercero más serena, me espliqué mejor la repentina marcha de Rogelio. Entonces con más avidez que nunca, deseaba verle y hablarle, pero mis pesquisas consiguieron saber que desde aquella noche fatal, yacia aquél en el lecho, con pocas esperanzas de vida, siendo yo la persona de quien se acordaba en su delirio. Con tal noticia, mi impaciencia creció de punto, pues temia que el destino me arrebatara esa valiosa joya.

Mas una mañana me dejaron recado de que Rogelio se agravaba y que habia manifestado el deseo de que acudiese á su cabecera para depositar en mis brazos su último aliento. Desesperada volé á su lado y ¡cielo santo! ¡qué cuadro se me presentó! Rogelio, el ángel que flotaba siempre en mis sueños dorados, el objeto de mis ilusiones y encantos, se revolvía en su cama, con el estertor de la agonía; pálido como la cera: descompuesto el rostro: atezada la frente; hundidos los ojos; afilada la nariz y frio su hálito: contados estaban ya sus instantes; el reloj del tiempo iba á detenerse, y aquella naturaleza antes fuerte, quedaria reducida á la inaccion.

Despues de un letargo que yo creí su muerte, abrió los párpados y Dios quiso que yo fuera la primera cosa que hubo de ver. Grata y deliciosa impresion debió hacerle mi presencia, pues sacó sus descarnadas manos y me hizo seña para que me acercase: cojió las mias y las besó: y como si con esto hubiera cumplido su mision en este valle de lágrimas, miró al cielo, punto que le designaba el digno ministro del Señor, como seguro oasis del descanso. y espiró pronunciando el nombre de su Eloisa, no sin que antes de entrar en las mansiones de la eternidad, tendiese una tierna y consoladora mirada á sus padres, que daban anchas riendas al llanto, mitigando así el dolor por tan irreparable pérdida.

Yo fuí arrebatada de su lado, y tan triste escena me originó una enfermedad que estuve á las puertas de la muerte.

Me restablecí, aunque no completamente, pues no puedo desechar esta angustia cruel que me persigue.

Hoy muerta mi pobre madre, no tengo por amigos más que los vivientes recuerdos de aquellas sabrosas pláticas, y nada me queda más que perderme por estos solitarios lugares, testigos mudos pero perennes de nuestras promesas. Sí. Mientras peregrine por este desierto de los desheredados, jamás Rogelio se borrará de mi memoria; para él ha de ser mi postrer pensamiento; y con él, al separarse el espíritu de la materia, he de volar al través de los espacios infinitos. Sí; él ha de ser mi constante suspirar; y si por suerte llevo á alcanzar la gracia de la gloria, y allí viven los recuerdos de esta vida; tú, sol de mi existencia, faro esplendoroso de mi camino, esperanza querida, aliento purísimo de mi sér, tú, estarás allí entre el coro de los escojidos, entre la legion de los mártires, para hacerme disfrutar de una duradera y eterna bienaventuranza.

Con esta arrobadora invocacion terminó aquella infeliz su triste historia; y visto lo avanzado de la noche, abandonamos el Fuerte sumamente impresionados, no sin que antes instásemos reiteradas veces á Eloisa para que hiciese lo mismo.

Apenas habia trascurrido un mes, cuando una balumba de gente se apiñaba en el alto de San Pedro, por bien desgarrador motivo, para presenciar cómo recojian el exánime cuerpo de Eloisa que flotaba como una liviana paja sobre la superficie de las aguas. ¿Qué le habia pasado á aquella desgraciada para tomar tan funesta resolucion, pues allí se decia haberla visto arrojarse al mar? Cosa muy sencilla: habiendo perdido la razon hacia unos dias, un rapto sin duda de locura, la impulsó á poner fin á su existencia.

Hé aquí, caro lector, como, con el no cumplimiento del octavo y noveno mandamiento de la Ley de Dios, se causa la ruina de una familia, y se preparan los sucesos que acabo de relatarte.

MANUEL GARCÍA ALVAREZ.